

VIAJES

DE

UN COLOMBIANO EN EUROPA

POR

JOSÉ M. SAMPER.

PRIMERA SERIE

• NUEVA-GRANADA. — EL OCEANO. — INGLATERRA. —
FRANCIA. — ESPAÑA.



PARIS

IMPRENTA DE E. THUNOT Y C^o,

CALLE RACINE, 26.

—
1862

En los orígenes del nacionalismo colombiano: europeísmo e ideología nacional en Samper, Núñez y Holguín (1861-1894)

FRÉDÉRIC MARTÍNEZ

Institut Français d'Études Andines

Trabajo fotográfico: Ernesto Monsalve

INTRODUCCIÓN

EN LA COLOMBIA de la segunda mitad del siglo XIX, la progresiva constitución de un Estado-nación va acompañada de un creciente fenómeno de referencia a las naciones de Europa occidental, que se afirman como fuentes esenciales de inspiración del debate público. La obra política de la Independencia y de los primeros decenios de la República había dejado incompleta la labor de construcción del Estado-nación, y los ejemplos y contraejemplos sacados de las experiencias europeas iban a asumir un papel considerable en el conflictivo debate sobre las modalidades de esa construcción nacional.

José María Samper, Rafael Núñez y Carlos Holguín encarnan tres etapas del discurso nacional sobre las naciones europeas como fuentes de modelos políticos útiles. Difusores de normas europeas, Samper, Núñez y Holguín se afirman al mismo tiempo como tres de los principales ideólogos de la nación. Sus respectivas trayectorias, tanto políticas como ideológicas ayudan a entender la estrecha articulación entre europeísmo decimonónico y el naciente nacionalismo. El análisis de esas tres trayectorias, que representan cabalmente tres fases del discurso dominante, demuestra de qué manera el nacionalismo colombiano, tal como se dibuja a finales del siglo XIX, con carácter exclusivo, su búsqueda de autenticidad nacional y su aparente rechazo de las influencias exteriores, se origina esencialmente en la cultura cosmopolita de las elites políticas, y se concibe, particularmente durante la Regeneración, como un instrumento que permita retardar la irrupción de las masas de la política nacional. Inspiración cultural y función social de una ideología nacional forjada en los últimos decenios del siglo XIX: éstos son los ejes que guían este breve recorrido por el cauce de un naciente nacionalismo colombiano, entre los años 1860 y 1890.

Los personajes: semejanzas y diferencias

Las vidas de José María Samper, Rafael Núñez y Carlos Holguín ofrecen indudables y numerosas semejanzas.

Los tres nacidos entre los últimos años de la Gran Colombia y los primeros de la República de Nueva Granada¹, pertenecen a una generación política que se afirma en

Página anterior:

Libro de Samper publicado en 1862.

Grabado de José María Samper

publicado en *Eco de los Andes*.

J. M. Samper, París, 1860.

¹ Núñez nace en 1825, Samper en 1828, y Holguín en 1832.

CO 861.5
S157
CO 861.5
S157

FLORES MARCHITAS.

COLECCION DE POESIAS ORIJINALES

POB

José María Samper Agudelo.

CO 861.5
S157



BOGOTÁ,

IMPRESA DE CUALLA - 1849.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS - ANGEL ARANGO
CATALOGACION

CO 861.5
S157

Flores marchitas, de José M. Samper, Imprenta de Cualla, 1849.

los años de las reformas liberales del gobierno de José Hilario López y se extingue en el curso de la Regeneración: Samper muere en 1888; Núñez y Holguín, a menos de un mes de diferencia el uno del otro, en 1894.

Los tres demuestran una larga experiencia en los países europeos: Samper, que viaja en total tres veces a Europa, reside allí cinco años durante su primer viaje, de 1858 a 1862. Núñez, nombrado cónsul en El Havre y después en Liverpool, vive en el viejo continente entre 1864 y 1874. Holguín pasa ocho años —de 1879 a 1887— entre Francia, Inglaterra y España, a raíz de su nombramiento como ministro de Colombia en estos dos últimos países.

Los tres aparecen como personajes claves del movimiento político de la Regeneración: Núñez, ideólogo y artífice del movimiento; Samper, miembro del Consejo Nacional de Delegatarios, encargado de redactar una nueva constitución para reemplazar la constitución liberal de Rionegro y posteriormente vicepresidente de la Corte Suprema de Justicia; Holguín, representante de Colombia en Inglaterra y en España, ministro de Gobierno, y vicepresidente encargado del poder ejecutivo por Núñez, cuando éste deja el solio presidencial para retirarse en Cartagena, entre 1888 y 1892. Unidos por la Regeneración, Samper, Núñez y Holguín ostentan, sin embargo, diferencias notables en su trayectoria política e ideológica.

Samper, figura de primer plano del liberalismo anticlerical en los años 1850, experimenta una lenta modificación de sus concepciones políticas y religiosas que lo lleva en el curso de los años 1870 a convertirse al catolicismo y a las ideas políticas conservadoras. Núñez, secretario de Hacienda encargado de la desamortización de los bienes del clero a comienzos de los años 1860, crea el movimiento liberal independiente después de su regreso de Europa en 1874, movimiento que desembocará en la Regeneración, un régimen político creado por los “independientes” y apoyado por ciertos sectores del conservatismo. Holguín, conservador y católico, se afirma en el transcurso de los años 1880 como un representante de primer plano de la tendencia “nacionalista”, favorable entre las filas conservadoras, al régimen de la Regeneración.

La cronología particular de sus apogeos políticos hace que cada uno logre, en un momento dado, encarnar el discurso dominante en Europa. Samper quedó en la historia como uno de los mayores exponentes del ideario liberal colombiano: su evolución política posterior no logró eclipsar el prestigio que había adquirido en los años 1850 y 1860. El apogeo de Núñez se sitúa indudablemente entre los años 1880 y 1888, o sea en la primera etapa, fundacional, de la Regeneración. Cuando deja su puesto a Holguín, la obra básica de la política regeneradora está concluida. Una vez retirado Núñez en El Cabrero, empieza la era de los gobiernos “nacionalistas” de Holguín y Caro, que, perdurando en el decenio 1890, van a representar una nueva fase, distinta bajo muchos aspectos, de la Regeneración.

A estos tres momentos políticos corresponden tres etapas de un discurso europeísta en el que nace progresivamente un mito político que, plasmado en los años 1890, marcará buena parte del siglo XX en Colombia: el mito de la autenticidad nacional.

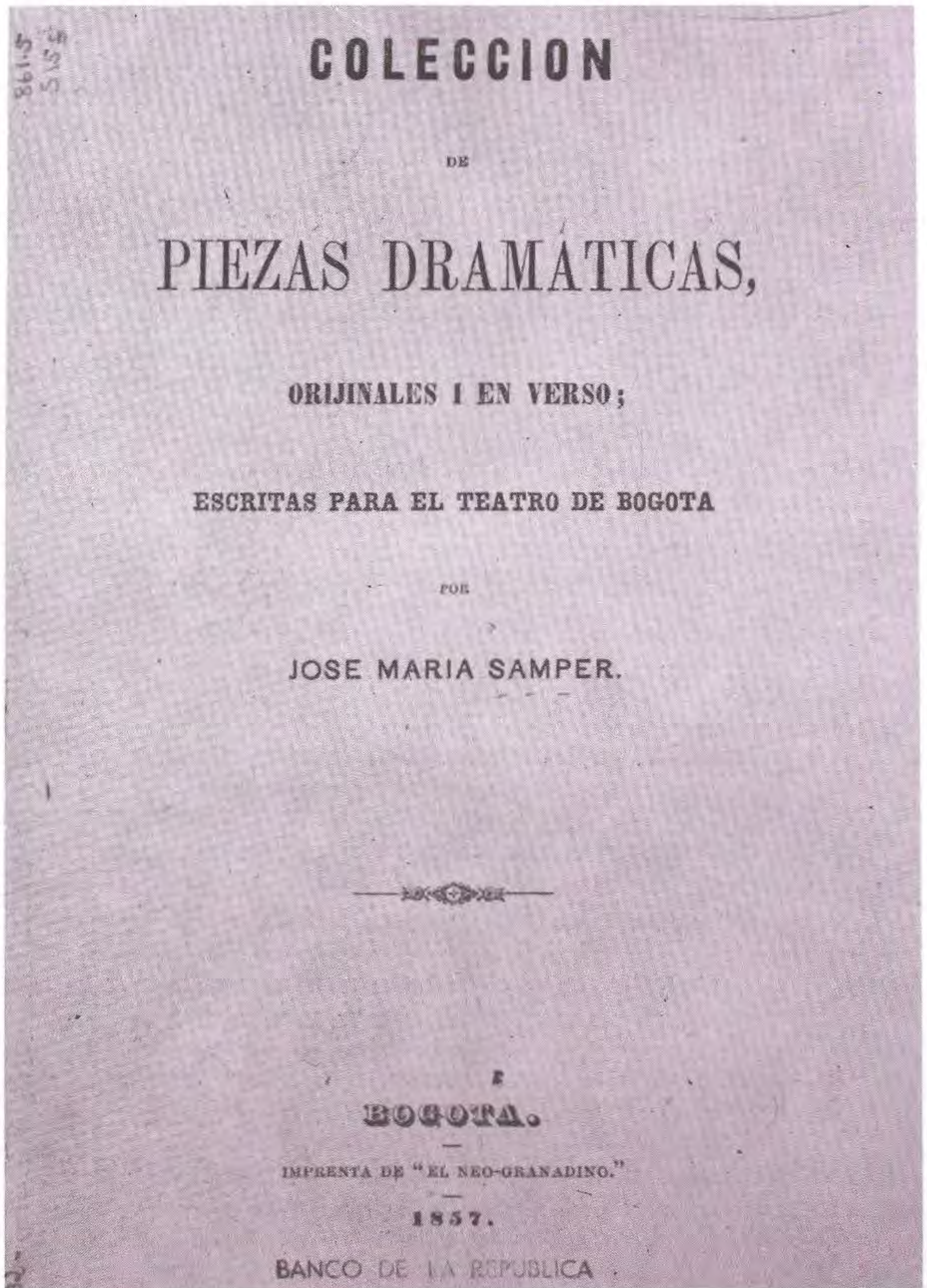
JOSÉ MARÍA SAMPER: EL DISCURSO DE LA MEDIACIÓN CULTURAL

En 1858, José María Samper emprende su primer viaje a Europa. Fuera de un corto episodio como secretario de la legación granadina en París en 1861, Samper, entre 1858 y 1862 —fecha de su salida para Lima, donde iba a ser editor del periódico *El Comercio*— no tiene funciones oficiales y se consagra ante todo a conocer las sociedades europeas y a escribir sus consideraciones sobre ellas. Recorre a Francia, España, Inglaterra, Italia, Suiza, Alemania, Bélgica. Beneficiado de la red de contactos de su suegro, el general Joaquín Acosta, político, geógrafo e historiador que había vivido varios años en Europa al final de los años 1820 y en los años 1840, Samper escucha conferencias, asiste a sesiones parlamentarias, es admitido en numerosas sociedades científicas y salones literarios, visita fábricas, prisiones e instituciones caritativas.

Inspirado por esta actividad de observación de las sociedades europeas, Samper se dedica a una intensa labor periodística y literaria que presenta dos vertientes. En primer lugar, se consagra a analizar la experiencia política de su patria desde la Independencia y a redactar textos programáticos del liberalismo. Se destacan en esta

producción el *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*², un clásico de la literatura política colombiana, y *El programa de un liberal*³, un texto dedicado en 1861 a la convención constituyente que iba a producir la Constitución de Rionegro. La segunda vertiente de sus trabajos de esa época la constituyen textos que describen las sociedades y los sistemas políticos europeos, a través de sus observaciones personales: los *Viajes de un colombiano en Europa*⁴, publicados en dos tomos en 1862, y su correspondencia publicada en periódicos, particularmente en *El Comercio de Lima*: “Cartas de un americano”⁵, “Una despedida (párrafos de carta de un patriota americano)”⁶. A pesar de su doble temática, los textos escritos por Samper durante su viaje a Europa presentan una gran coherencia. La observación de los regímenes políticos europeos y las propuestas programáticas para la construcción de un Estado nacional en Colombia aparecen íntimamente ligadas en su obra.

Colección de piezas dramáticas de Samper, Imprenta de El Neo-granadino, 1857.



- ² José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas*, París, Thunot, 1861. La edición utilizada en este artículo es la de Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s. f. (en adelante: *Ensayo*).
- ³ José María Samper, *El programa de un liberal*, París, Thunot, 1861.
- ⁴ José María Samper, *Viajes de un colombiano en Europa*, París, Thunot, 1862, 2 tomos (en adelante: *Viajes*).
- ⁵ *El Comercio*, Lima, 28 de junio, 8 de septiembre, 27 de septiembre, 30 de septiembre, 2 de octubre y 17 de diciembre, 1862.
- ⁶ *El Comercio*, Lima, 10 de octubre, 1862. El proyecto inicial de Samper era la publicación de cuatro tomos de viajes, el último siendo *Un estudio social comparativo de París y Londres y de la civilización europea*. Buena parte de los artículos publicados en *El Comercio* estaban destinados a brindar la materia prima de los dos últimos volúmenes adicionales que nunca se publicaron.

*Un discurso de pedagogía nacionalista: la ideología del viaje civilizador*⁷

Con sus escritos de 1858-1862, Samper se impone como uno de los más importantes ideólogos del discurso liberal sobre Europa en el debate político colombiano, y como el principal exponente de la ideología del viaje civilizador. La relación de sus viajes, la publicación de sus observaciones sobre las naciones europeas, se justifica por el clásico propósito de ilustrar a sus compatriotas.

Viajo por mi patria, es decir con el solo fin de serle útil, y escribo para mis compatriotas los Hispano-colombianos⁸. He creído que lo que importa más por el momento no es profundizar ciertos estudios, sino vulgarizar o generalizar nociones. A los pueblos de Hispano-colombiano les ha llegado todavía el momento de los estudios fuertes, por la sencilla razón de que la inmensa masa popular no tiene aún la noción general del progreso europeo. Hasta tanto que esa masa no haya recibido la infusión elemental de luz y fuerza que necesita para emprender su marcha (porque hoy no se marcha sino que se anda a tientas) el mejor servicio que se le pueda hacer es el de la simple vulgarización de las ideas elementales. Después vendrá el tiempo de los trabajos laboriosos y profundos.

La inmensa mayoría de los Hispano-colombianos no conoce, por falta de contacto íntimo con Europa, los rudimentos o las verdaderas condiciones del juego general de la política, las letras, la industria, el comercio, y todos los grandes intereses vinculados en Europa. De ahí provienen graves errores de apreciación, de imitación o de indiferencia que se revelan en la política, la literatura, la legislación y las manifestaciones económicas de Hispano-Colombia.

Desvanecer, si puedo, esos errores, dándole a la expresión de lo que me parece la verdad las formas simpáticas de lo pintoresco y el atractivo de una rápida, fiel y animada narración, tal es el objeto de estas páginas de impresiones⁹.

Europa, escuela del liberalismo

La intención de forjar, a partir de su experiencia europea, una herramienta de pedagogía liberal destinada a los colombianos se origina en el valor ejemplar que Samper atribuye al espectáculo de Europa. Esa ejemplaridad de Europa, tan presente en los escritos de Samper, no nace únicamente del valor intrínseco que le reconoce al "teatro de la civilización", sino también a la pertinencia nacional que cobra, para el liberal colombiano, la evolución del liberalismo en Europa. Abogando, en el *Ensayo*, por la destrucción de las instituciones coloniales en su patria, Samper retrata en sus relatos de viajes una Europa desgarrada por la guerra en la que el liberalismo está empeñado para derrumbar al antiguo régimen. Esa representación, haciendo eco a la pugna del liberalismo americano contra los vestigios de la colonia, adquiere, naturalmente, un fuerte valor ejemplar.

De ahí nace la representación bipolar, arquetípica y alegórica que Samper ofrece de Europa. Siempre atento a los avances del ideal democrático y liberal contra la aristocracia, la monarquía y el atraso, crea una geografía simbólica de Europa, que rinde homenaje a la progresión del espíritu igualitarista, las prisiones y los establecimientos correccionales modernos, la libertad religiosa en Suiza, Alemania e Inglaterra, y critica las instituciones monárquicas, la aristocracia, el clero, y el despotismo de Napoleón III. En su intento de crear una "cartografía" liberal, esquematizada para

⁷ En todo este artículo se utilizarán sin comillas los términos, "civilización", "civilizado", "civilizador" en el sentido en que se utilizaban en la segunda mitad del siglo XIX, o sea, a grandes rasgos como: civilización cristiana moderna e industrial, representada esencialmente por los países de Europa occidental y los Estados Unidos de América. Los dirigentes colombianos, como la mayor parte de sus homólogos hispanoamericanos, consideraban que su patria estaba en un estado intermedio, ya avanzada en la vía de esa civilización, pero todavía amenazada por una siempre posible victoria de la "barbarie".

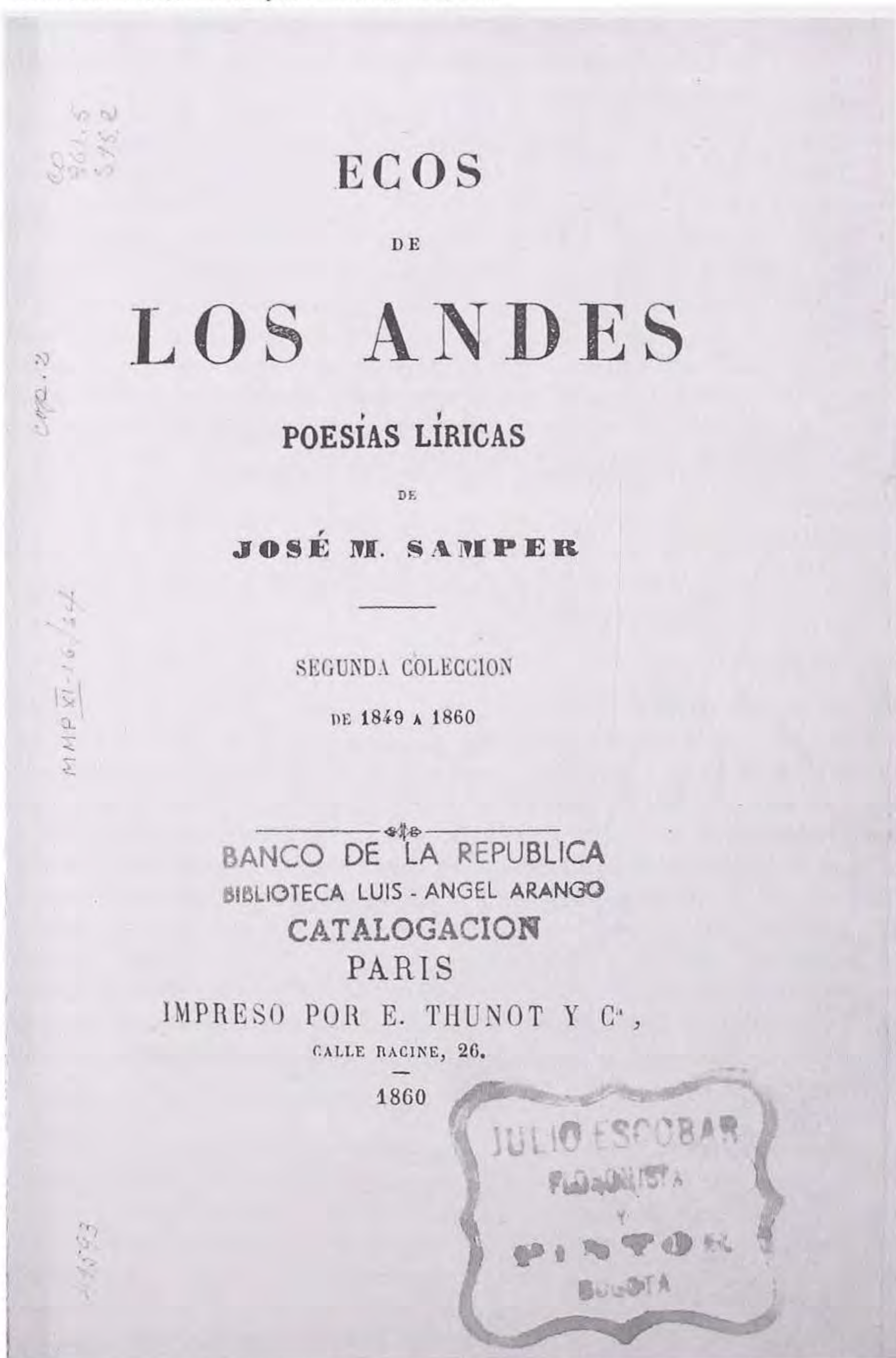
⁸ Un neologismo forjado por Samper para calificar a los hispanoamericanos.

⁹ José María Samper, *Viajes*, t. II, págs. 2-3.

ser más ejemplar, Samper marca las ciudades que visita con signos positivos (liberalismo, tolerancia religiosa, cosmopolitismo, industria, luz) o negativos (absolutismo, clericalismo, inmovilismo, desaseo, mendicidad, oscuridad). Así va retratando, por un lado, a la Europa liberal y moderna, simbolizada por Lausana, Barcelona, Marsella, Burdeos, Bruselas, y por otro, la vieja Europa, aristocrática, clerical y absolutista (Toledo, Brujas, Malinas, Lovaina, Karlsruhe, Friburgo).

Más allá de los contrastes políticos, Samper plantea una descripción de las oposiciones sociales, particularmente observables en las capitales europeas. Una descripción destinada a cobrar mucha importancia en la percepción colombiana de Europa:

Ecoss de los Andes, J. M. Samper, E. Thunot, París, 1860.



986.05
S152

ENSAYO

SOBRE

LAS REVOLUCIONES POLÍTICAS

Y LA CONDICION SOCIAL

DE LAS REPÚBLICAS COLOMBIANAS

(HISPANO - AMERICANAS);

CON UN APÉNDICE

SOBRE LA OROGRAFÍA Y LA POBLACION

DE LA CONFEDERACION GRANADINA

POR

JOSÉ M. SAMPER

Miembro titular de las Sociedades de Geografía
y de Etnografía de París.



PARIS

IMPRENTA DE E. THUNOT Y C^{ta},
CALLE RACINE, 26.

—
1861

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA

Ensayo sobre las revoluciones políticas... de J. M. Samper, publicado en París en 1861.

*Londres es la ciudad-escuela por excelencia porque abriga en su hirviente seno todos los elementos de la lucha terrible empeñada entre la civilización y la barbarie, es decir: la justicia y la iniquidad, el goce fecundo y la miseria*¹⁰.

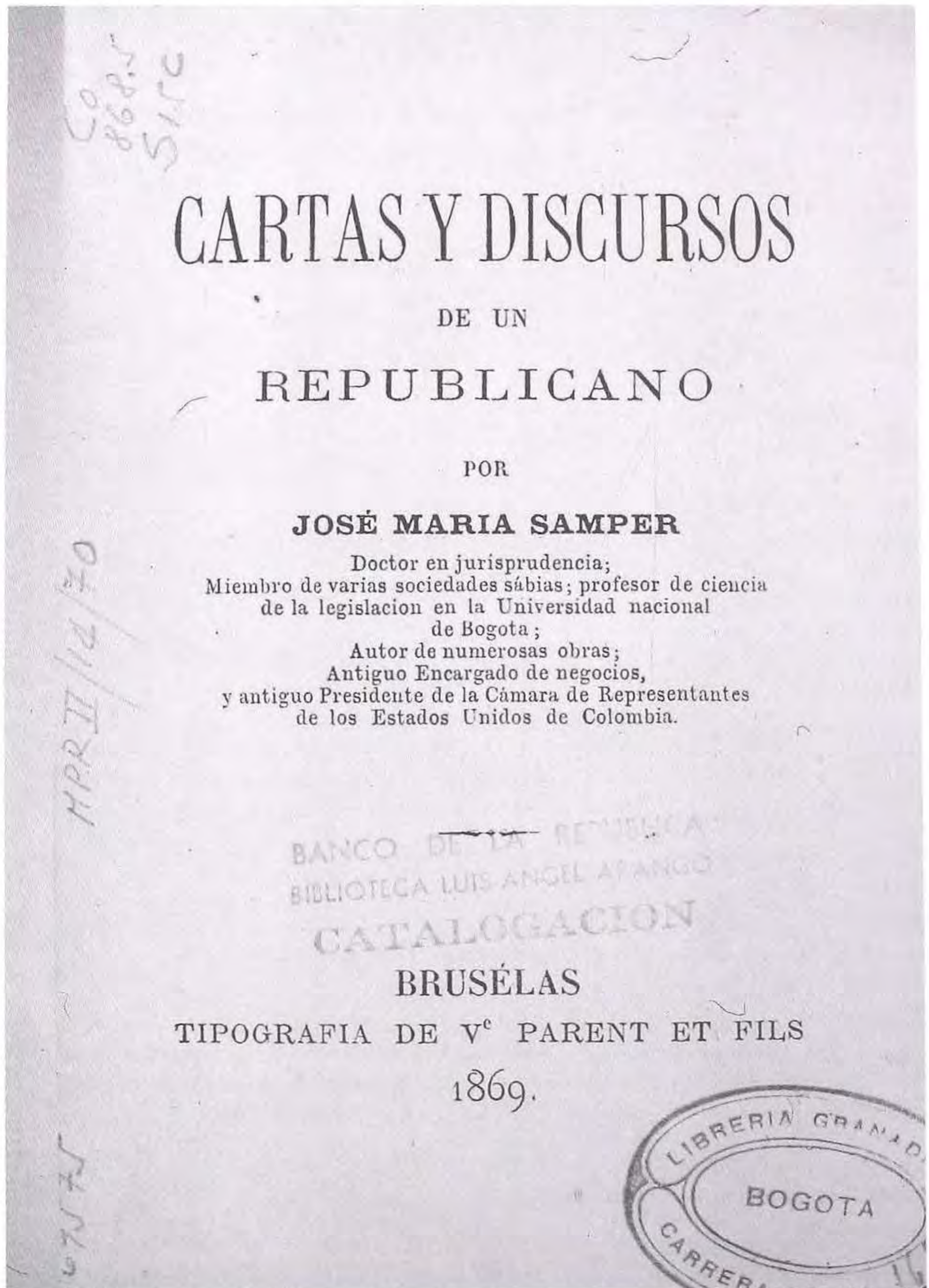
La mediación cultural conservadora

Esa marcada tendencia de los grupos dirigentes de asumir una posición de mediación cultural, la afirmación de crear el Estado nacional apoyándose explícitamente

¹⁰ Samper, *op. cit.*, t. I, pág. 141. La mezcla de civilización y barbarie supuestamente observable en las ciudades inglesas tenía que tener una resonancia particular para el observador latinoamericano. Unos años antes de que el argentino D. F. Sarmiento lo convirtiera en un lema del discurso civilizador hispanoamericano, Tocqueville había, en 1835, aplicado la dualidad civilización y barbarie a la naciente ciudad industrial de Manchester. Véase Asa Briggs, *Victorian Cities*, London Penguin, 1990.

en los ejemplos políticos de otras naciones, no es reducible, sin embargo, a la sola corriente liberal. Los conservadores, ávidos de consolidar una nación piadosa y obediente al principio de autoridad aunque indiscutiblemente republicana y moderna, recurren de la misma manera, a fuentes exteriores para defender su proyecto político. Sólo habría que cambiar unas pocas palabras del discurso de José María Samper para llegar a la versión conservadora del discurso de mediación cultural. La representación conservadora de Europa ofrece un retrato invertido a su contrapartida liberal: los conservadores denuncian el auge del protestantismo y los progresos de la impiedad en Europa, la nefanda influencia de los filósofos y de la Revolución Francesa, la corrupción de la juventud, la política anticlerical de los gobiernos europeos —la España liberal, la Italia de Víctor Manuel, la tercera república francesa—.

Cartas y discursos de un republicano de José M. Samper. Tipografía de V^e Parent et fils, Bruselas, 1869.



Fuente del liberalismo moderno para los liberales, el viejo continente es presentado por los conservadores como la cuna y el centro del cristianismo. La difusión de las luces de la verdadera religión, experimentada en los lugares mismos donde nació, es el argumento esencial de la pedagogía cristiana que los viajeros colombianos conservadores proponen en sus relatos. No sorprende, entonces, que los conservadores describan una Europa católica, y consagren numerosas páginas a la evocación de su capacidad de reacción contra los ataques anticlericales. En 1869 el antioqueño Andrés Posada rinde homenajes, a través de los oradores sagrados, a la permanencia de la Francia católica:

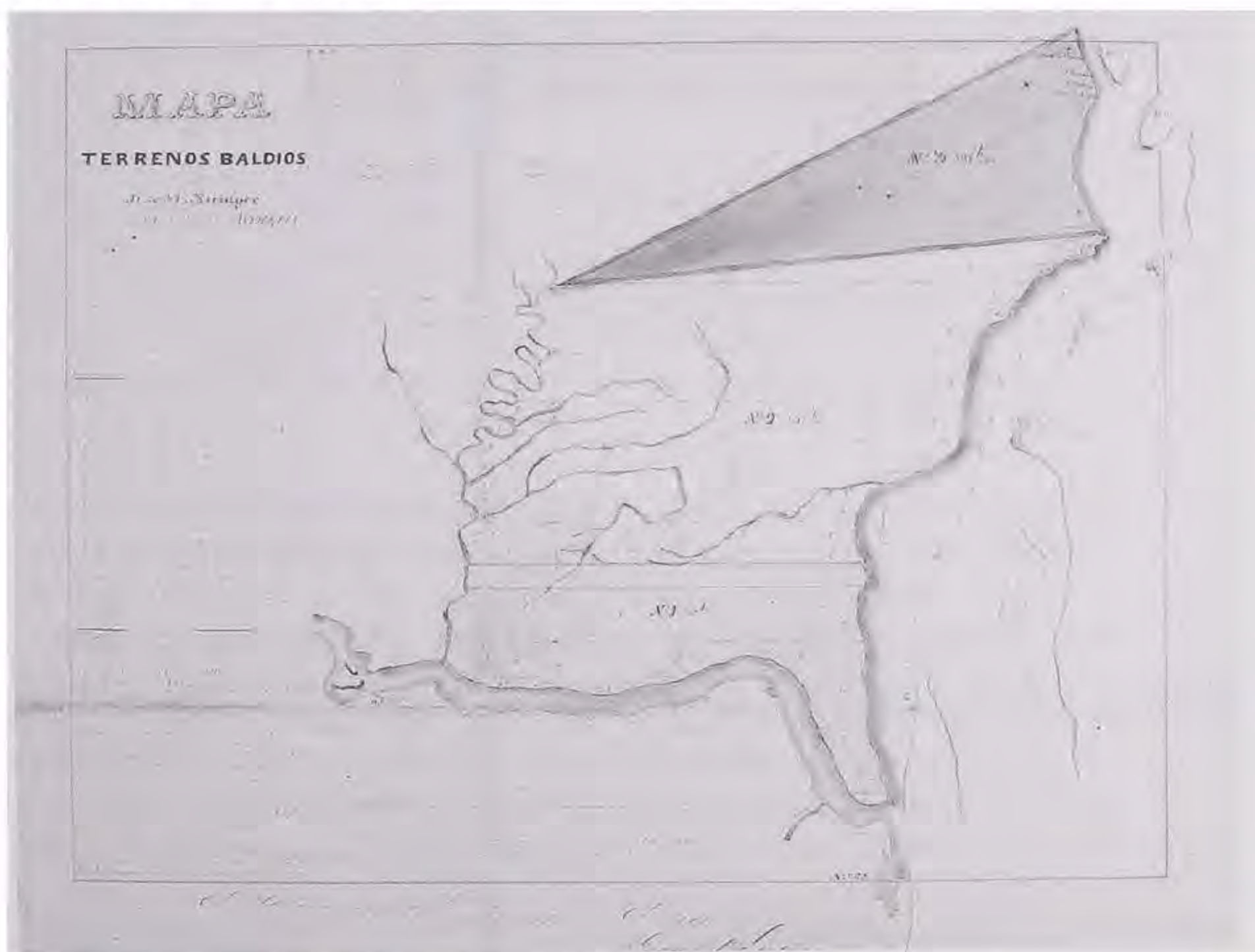
La patria de San Luis no ha apostatado por entero; aún se cantan en sus templos las alabanzas del Altísimo, se lleva la ofrenda a sus altares, se enjugan las lágrimas del desgraciado i se busca en el santuario de la penitencia la paz y el perdón. La cátedra sagrada no ha enmudecido todavía: los Bossuet, los Massillon, tienen aún sus sucesores; la fe cuenta adalides como Gaume y Augusto Nicolas¹¹.

Sin duda, valerse de ejemplos políticos foráneos con el fin de adquirir más legitimidad —la legitimidad de la “civilización”— en el debate político nacional, es más que una artimaña partidista: es una tendencia de fondo de la vida política colombiana de esa época, una época profundamente marcada por la ideología de la mediación cultural: los que están marcados a dirigir, a conformar el país son los que, liberales o conservadores, pueden hacer puente entre la nación y la modernidad ultramarina.

Europa, escuela del patriotismo republicano americano

Sin embargo, la representación de Europa elaborada por Samper, y en general por los ideólogos de la mediación cultural, sean liberales o conservadores, no se limita a querer capacitar a sus compatriotas letrados por la observación de la civilización. Europa es ejemplar, pero no únicamente en un sentido positivo. Mientras los conser-

Mapa de terrenos baldíos denunciados por J. M. Samper en el distrito de Nare, levantado por Carlos S. de Greiff, Medellín, 1860 (H415).



¹¹ Andrés Posada Arango, *Viaje de América a Jerusalén, tocando en París, Londres, Loreto, Roma i Egipto*, París, A. E. Rochette, 1869, pág. 35.

cop. 3a

FILOSOFIA EN CARTERA

(Colección de pensamientos sobre Religión, Moral, Filosofía,
Ciencias sociales, Historia, Literatura, Poesía, Bellas artes
Caracteres, Viajes, etc., en prosa y en verso)

POR

JOSE MARIA SAMPER

I. C. de la Real Academia Española, de número de la Academia Colombiana,
y Miembro de varias sociedades sabias



BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

BOGOTA—1887

Imprenta de "La Luz"

MARCO A. GÓMEZ, Director.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA "LUIS-ANGEL ARANGO"

OBRA OBSEQUIADA

Filosofía en cartera de José María Samper (publicado después de formar parte del Consejo nacional de delegatarios), Imprenta de La Luz, Bogotá, 1887.

vadores denuncian la impiedad y el jacobinismo como plagas que asuelan las sociedades europeas, los liberales expresan, evidentemente, la ejemplaridad negativa brindada por una Europa todavía aristocrática, monárquica, clerical, desigual y represiva. Samper explica que, frente a ese espectáculo, tiende naturalmente a reforzarse la conciencia republicana de los viajeros hispanoamericanos:

¿Y por qué dejar tan lejos todo ese mundo que se adora? Es que el demócrata de Colombia necesita nutrir su espíritu con la luz de la vieja civilización y fortalecer su corazón republicano con las severas enseñanzas de una sociedad ulcerada profundamente por la opresión y el privilegio¹².

¹² Samper, *op. cit.*, t. I, pág. 2.

Recorrer a Europa ofrece, efectivamente, al viajero colombiano, “[...] plebeyo por su nacionalidad, como todo demócrata, educado en la vida republicana”¹³, numerosas oportunidades, al enfrentarse a las “intrigas de la aristocracia” europea de afirmar su identidad esencialmente republicana. Presentado en 1859 a la reina de España, Samper, que se define como “hijo del Nuevo Mundo y republicano”¹⁴, se niega a besarle la mano, porque, explica, se sentiría herido en su “altivez de republicano”, y agrega: “[...] ignoro personalmente [...] los misterios de este mundo de tinieblas [la corte]...”¹⁵.

Efectivamente, el contacto con Europa tiene, según Samper, la virtud de renovar, de fortalecer la conciencia republicana de los americanos. Una virtud necesaria, porque tanto los europeos, que subestiman la fuerza de la democracia en Hispanoamérica¹⁶, como los hispanoamericanos, que tienden a desvalorizar sus glorias nacionales¹⁷, se olvidan de que América es por excelencia la tierra de la democracia. Además, el mestizaje de la sociedad colombiana es un factor adicional que favorece la implantación de la democracia en su patria: “En resumen, la democracia es el gobierno natural de las sociedades mestizas”¹⁸.

Empeñado en luchar contra el sentimiento exagerado de inferioridad que observa entre sus compatriotas, en fomentar un orgullo nacional basado en los logros y la esencia democrática de la sociedad colombiana, Samper denuncia la mala costumbre de la imitación política que aqueja a las sociedades hispanoamericanas, en particular la que consiste en tomar como modelo la Europa monárquica¹⁹.

El discurso de José María Samper, máxima expresión de la ideología de la mediación cultural, revela así la densidad nacionalista de la pedagogía inspirada por ejemplo europeo. Las obras que escribe durante su estadía en Europa reflejan tanto la voluntad de *civilizar* como la de *nacionalizar*. Samper, al proponer una mediación civilizadora muy conspicua, se inscribe en la gran tradición de las elites ilustradas. Heredero del muy borbónico ideal de educar al pueblo “desde arriba”, lo completa con el decimonónico propósito de *nacionalizar* el pueblo, pero conservando la esencia jerárquica de la sociedad colombiana. Es, efectivamente, legítima la pregunta de a qué “pueblo” se dirige Samper. Uno de los patricios pioneros del manejo político de las “masas” a través de las Sociedades Democráticas en los años 1850, Samper había tomado conciencia, como la mayoría de los liberales “gólgotas”, de los peligros de esta forma de movilización política. La politización de los artesanos urbanos, acelerada por los discursos demagógicos de los liberales, había finalmente desembocado, más que en revueltas y “retazos democráticos”, en el golpe de Estado de Melo y en la guerra civil de 1854. Escaldados por una experiencia política que, en buena parte manipulada por ellos, se les había escapado finalmente de las manos, y por la victoria conservadora en las primeras elecciones al sufragio universal masculino en 1856, los liberales empezaban a ver en el pueblo *lato sensu* una fuerza política posiblemente contraria a sus propósitos. No causa entonces sorpresa que Samper se consagre a describir la fuerte amenaza social que encarna los peligrosos contrastes de la ejemplar sociedad europea:

[...] coexisten la suprema opulencia y la suprema miseria y se vive bajo la amenaza del comunismo y la organización oficial del socialismo...²⁰

La exaltación de la esencia democrática y republicana de la sociedad colombiana aparece como una forma de conjurar el latente fragor del conflicto social que amenaza a Europa y podría muy bien trasladarse a Colombia. Al moldear esta versión idílica y patriarcal de la república americana, antídoto contra la violenta emergencia de las muchedumbres en la escena política, Samper anuncia una vertiente esencial de la definición de la identidad política colombiana, que cobrará más y más fuerza, aunque con una ideología cada vez menos liberal, conforme vaya avanzando el siglo XIX.

¹³ *Ibíd.*, t. I, pág. 272.

¹⁴ *Ibíd.*, t. I, pág. 271.

¹⁵ *Ibíd.*, t. I, págs. 284-285.

¹⁶ Samper, *Ensayo*, pág. 9.

¹⁷ *Ibíd.*, págs. 11-12.

¹⁸ *Ibíd.*, pág. 79.

¹⁹ Véase, sobre este punto, *El programa de un liberal*, págs. 9 y 20.

²⁰ Samper, *Ensayo*, pág. 13.



RAFAEL NÚÑEZ:

EL DISCURSO DE LA MADURACIÓN POLÍTICA EN EUROPA

Más de diez años después del viaje de José María Samper a Europa, el largo proceso del ascenso de Rafael Núñez hacia la presidencia de la república da lugar a la más completa empresa de utilización de la legitimidad cosmopolita en la lucha por el poder.

Nombrado cónsul de Colombia en El Havre en 1864, y luego en Liverpool —donde reside entre 1870 y 1874— Rafael Núñez, exsecretario de Hacienda de Mosquera, se da a conocer por los artículos que publica en los periódicos colombianos durante los diez años que pasa en Europa. Sus artículos, que ofrecen principalmente un análisis de la actualidad política, social y económica europea²¹, tratan, entre otros temas, de la cuestión de Oriente, de la cuestión irlandesa, del debate entre proteccionismo y liberalismo, de la revolución española, de la participación de los obreros en las utilidades de las empresas, de la religión en cuanto factor de cohesión social, etc. Núñez estudia la economía política, la cuestión social, los grandes intereses diplomáticos de las potencias europeas, el funcionamiento de los regímenes políticos europeos, y poco a poco logra forjarse, frente a sus conciudadanos, una imagen de hombre dotado de una gran visión política, en breve de un verdadero hombre de Estado.

Dos temas recurrentes caracterizan el nacionalismo europeísta de Núñez. En primer lugar, la crítica de las utopías importadas, principalmente de Francia, que considera responsables de los errores del liberalismo colombiano. En segundo lugar, el discurso de la madurez política, que adquirió a raíz de su estadía en Europa.

La crítica de las “utopías importadas”

En el curso de los años 1870, los evidentes defectos de la Constitución federal de Rionegro, agravados por la doctrina de la no intervención de la Unión en los conflictos entre Estados, adoptada en 1867, llevan a una vehemente crítica del fracaso del federalismo, crítica según la cual ese fracaso fue engendrado esencialmente por la adopción indiscriminada de modas políticas foráneas, venidas de ultramar. Esta corriente de crítica, y en muchos aspectos de autocrítica, este intento de redefinición del Estado radical en un sentido más centralista, más intervencionista, no se limita a la fracción de los radicales que van a formar las filas del partido de Núñez, el partido independiente: se difunde igualmente en las filas de los liberales que permanecerán fieles a la corriente “radical” del liberalismo colombiano.

La esencia de esa autocrítica liberal de los años 1870 se dirige a dos grandes fracasos de la política radical: el debilitamiento consciente del Estado central, fuente de multiplicación de los conflictos regionales y obstáculo al mantenimiento del orden público en general, y la manipulación prematura de las masas, fruto del juego electoral, y fuente de agravación de la tensión social. El reforzamiento del Estado nacional, la implementación de una política aduanera más proteccionista, el esfuerzo educativo son las medidas —en parte anunciadoras de la Regeneración— propuestas por la tendencia “estatista” del radicalismo. El cambio aduanero y educativo ya ha sido emprendido cuando Núñez, de regreso de Europa, entra en la arena política nacional; el reforzamiento del Estado central, pese a tímidos intentos, tendrá que esperar la victoria electoral de Núñez para volverse realidad”.

En otros términos, Núñez encuentra, a su regreso de Europa, una atmósfera política que le va a permitir forjar una síntesis política y discursiva llamada a conseguir una gran audiencia nacional.

Página anterior:

Rafael Núñez, fotografía enviada a Roma para la Galería de Fundadores de Becas (*Recuerdos del doctor Núñez* de Pedro María Revollo, Editorial Arte, Barranquilla, 1951).

²¹ Varios de los artículos escritos por Núñez desde Europa están reunidos en *Ensayos de crítica social*, Ruán, Imprimerie de E. Cagniard, 1874.



"El Cabrero" casa de Núñez en Cartagena, publicada en *La república de Colombie* de Henry Jalhay, 1909.

Apoyado por los artículos de sus años europeos, Núñez se impone como el mayor exponente de la crítica a las utopías importadas de Europa y en particular de Francia. Inspirado por una corriente conservadora de crítica de la imitación, considerablemente reforzada en el transcurso de los años de poder liberal, y por otra retórica, desarrollada en los años del segundo Imperio, que denuncia la ausencia de espíritu republicano en Francia, Núñez presenta el socialismo, el comunismo y el anarquismo como los productos de una sociedad inmadura, desgarrada entre el despotismo y la amenaza comunista. Francia, en esta época, se asimila, efectivamente, más y más, en la imaginación política de las elites colombianas, a los excesos del socialismo y a la aparición devastadora del pueblo en la escena política. La Comuna de París —considerada, entre las clases dirigentes colombianas, como una inmensa catástrofe— y la derrota frente al ejército alemán aparecen como marcas inequívocas de la decadencia de la nación francesa. Ineficacia "latina", sublevaciones de las masas populares: los años 1870 y 1871 revelan, en la imaginación colombiana, una especie de acercamiento de Francia a la triste condición de las naciones de América del Sur, desprestigiando seriamente a esa nación. Antes de Núñez, José María Samper había analizado precisamente la ausencia de espíritu democrático y la amenaza socialista en Francia. Nutrido por los argumentos del conservatismo, Núñez hace énfasis en el protagonismo determinante de Francia en los errores del radicalismo colombiano. Denunciando la responsabilidad del periodista francés Émile de Girardin sobre las actitudes de los gólgotas colombianos, Núñez escribe: "[...] hizo gran fortuna con el expendio de paradojas impresas"²².

El discurso europeísta de la Regeneración: la madurez política

Otra gran característica del discurso de Núñez es su utilización de su estadía en Europa como garantía de madurez política. Este discurso, al que la presidencia de Núñez dará una investidura oficial, debe mucho a José María Samper, quien en 1881 publica en sus memorias²³ una reescritura de su viaje de 1858 a 1862. Su ya mencionada evolución personal —se convierte al catolicismo e ingresa en las filas conservadoras— necesitaba efectivamente esa segunda versión para volver a dar de la experiencia-clave del viaje a Europa una interpretación más acorde con su estrategia política. Esta vez, el legado principal del viaje a Europa, lejos del fortalecimiento del liberalismo militante, es el del acceso a la madurez política. En esta nueva versión, Samper, alejado del espíritu partidario propio de la política nacional, viajando por los principales países europeos y estudiándolos, siente la progresiva desaparición

²² Rafael Núñez, *La reforma política*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s. f., t. III, pág. 107.

²³ José María Samper, *Historia de un alma*, Bogotá, 1948 (primera edición: Bogotá, 1881).



Fotografía de Núñez utilizada en un medallón (*Faldas pero también sotanas en la Regeneración*, de Arturo Abella, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 1986).

ción de su intransigencia liberal, de su intolerancia ideológica. Su íntima amistad con varios colombianos conservadores en París —José María Torres Caicedo, Juan de Francisco Martín— es otro factor que lo lleva a reconsiderar sus opciones políticas y en particular a cuestionar el radicalismo liberal de su “primera juventud”:

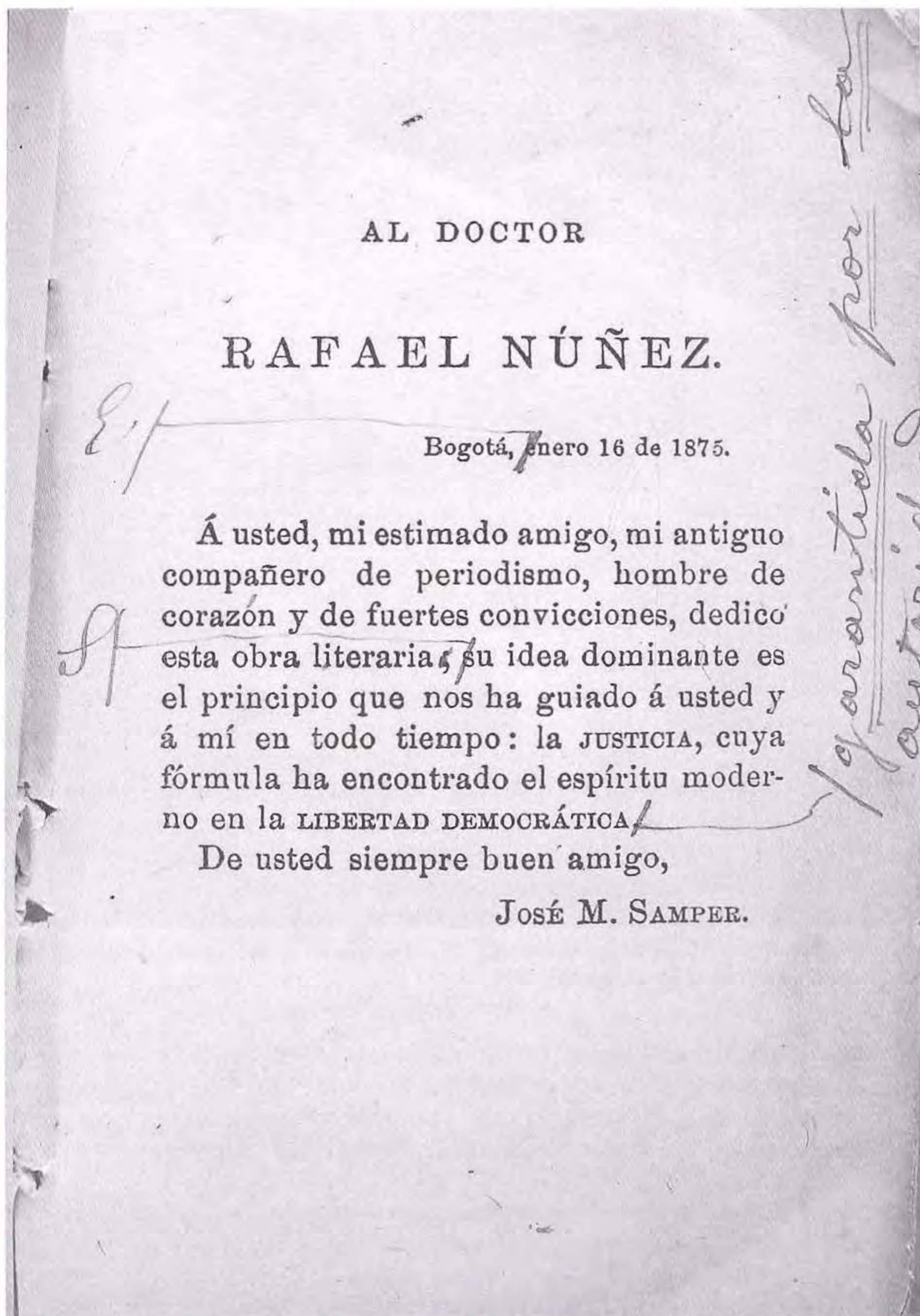
El hombre esencialmente americano comenzaba a ceder el paso, en mi ser moral, cuando ya casi se despedía de la primera juventud, al hombre cosmopolita, modificado por las enseñanzas del Viejo Mundo, que comenzaba a entrar en la madurez de sus impresiones y pensamientos²⁴.

²⁴ *Ibid.*, pág. 175.

Así, gracias a la benéfica influencia de su estadía en Europa, Samper adquiere la convicción que el patriotismo debe reemplazar el espíritu de partido. Durante una discusión entre liberales colombianos y franceses en el Café Mazarin en París, Samper defiende al presidente conservador Mariano Ospina contra las acusaciones de traidor a la causa federal que le hacen sus copartidarios, apoyados por los franceses, causando así el estupor general. Samper se explica entonces con énfasis:

Aquí soy neo-granadino más que liberal. Aquí no tengo bandera de partido sino la bandera nacional de mi patria, y no consiento en que delante de mí y de ciudadanos que no son compatriotas, se insulte al presidente de mi país²⁵.

En la edición del libro *Florencio Conde*, José María Samper publicó esta nota (s.p.i.).

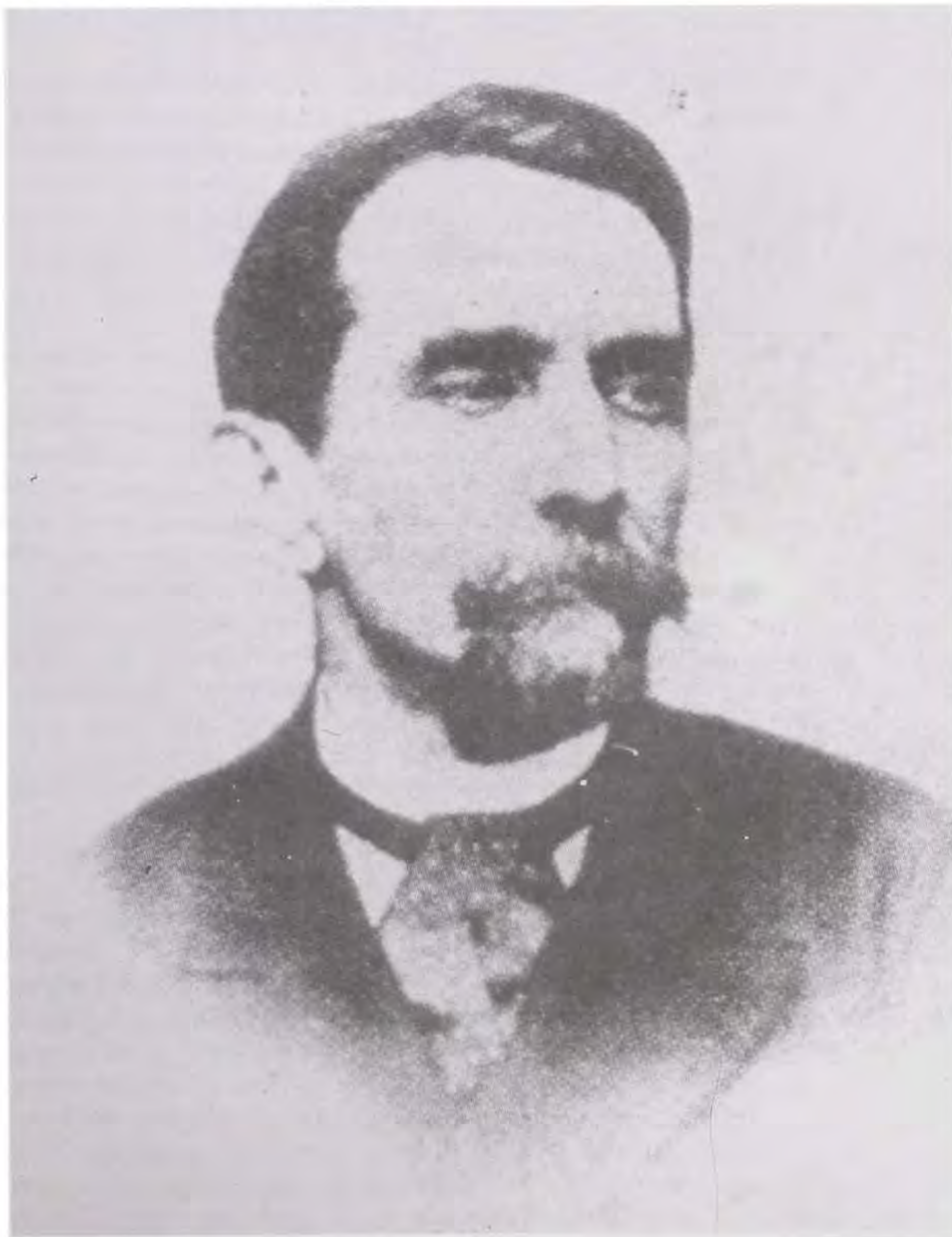


²⁵ *Ibid.*, pág. 266.

La literatura oficial generada por la presidencia de Núñez ofrece buenos ejemplos de esa retórica de la experiencia europea como fuente de legitimidad política. La *Exposición preliminar a la memoria de gobierno*, escrita en 1885 por el entonces ministro de Gobierno, Diógenes Arrieta, es sin duda el texto clave de este género:

A poco de terminada la revolución que coronó su triunfo con la Constitución de 1863 y la reorganización política de la República, el Doctor Rafael Núñez siguió a Europa, nombrado Cónsul de Colombia en Liverpool. Allí permaneció diez años. Hemos dicho en otra parte, y queremos repetir aquí, que la ausencia de la Patria, siquiera por un corto tiempo, es semejante a la perspectiva aérea que el Ticiano trajo a la pintura; suaviza los toques fuertes, rectifica o esconde las innobles depresiones de las líneas en las figuras de los hombres y en los contornos de los hechos, y comunica a todo el cuadro el tranquilo apacible color del cielo querido que le sirve de fondo.

Fotografía de Rafael Núñez en la época de su matrimonio, 1876 (*Contra viento y marea*, Eduardo Lemaitre, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1990).





Lucha providencial. función dada en la tierra para divertir a Júpiter en el Olimpo (Caricatura publicada en El Loco, octubre de 1890).

Los pequeños rencores que aquí nos agitan, estos rencores de cada día, esta fragua de mezquinas pasiones que sopla a cada instante sobre las inspiraciones de la conciencia y sobre los impulsos de la voluntad; esta atmósfera viciada, en que necesariamente nos sentimos arrastrados a estimar a los hombres y a los partidos con el criterio de una ambición no satisfecha, o bajo la impresión de los favores de un día, no nos acompañan fuera de la Patria.

Ocultas las riberas nativas entre las brumas del horizonte lejano, y llegada la primera hora de melancolía por los afectos que quedan detrás, el espíritu del hombre sacude al punto el polvo de estas miserables rencillas lugareñas que aquí amancillan el carácter, envenenan los ánimos y extravían la voluntad. Libre, así, el entendimiento de preocupaciones, y transportado a la región más alta y más serena, sólo obran ya sobre él, en tratándose de la Patria, los móviles de los grandes intereses, los estímulos del bien, de la verdad, y del amor. Desaparecen entonces las líneas divisorias de los bandos políticos, la acritud de nuestras controversias, la intolerancia de nuestras costumbres: el compatriota se torna en hermano, y el sentimiento de la rivalidad política en sentimiento fraternal²⁶.

Sigue una larga digresión sobre la manera como la observación de la vida pública inglesa permitió al futuro Regenerador adquirir una gran madurez política y un verdadero espíritu patriótico.

Es interesante observar que en este texto, que es, quién lo duda, una apología de Núñez, se presenta el programa político de la Regeneración como el producto de la estadía de Núñez en Inglaterra, por medio de una significativa distorsión: Núñez, de sus diez años en Europa, pasó aproximadamente la mitad en Francia y la otra mitad en Inglaterra²⁷. Sin embargo, en 1885, más de diez años después del regreso de Núñez, Arrieta repite varias veces en su texto que éste permaneció diez años en Inglaterra. Cualquiera que sea el origen de esta pequeña deformación de la realidad, sería difícil no ver en ella una voluntad de valorar más la estadía en Inglaterra que en Francia como experiencia capacitadora. La ya mencionada voluntad de los políticos regeneradores de distanciarse de las fuentes

²⁶ Diógenes Arrieta, *Exposición preliminar a la memoria de gobierno de 1885*, págs. CXX-CXXI.

²⁷ Lo atestiguan las nóminas de cónsules en el extranjero en los informes de Relaciones Exteriores.



El Mago publicó “La venganza de los esqueletos” de José M. Prieto, representa a Rafael Núñez y Carlos Holguín, 1891.

francesas de inspiración política lleva a muchos de ellos a reivindicar una concepción más bien “inglesa” —que los atrae por su sabia mezcla de liberalismo político y de conservadurismo social— de la política. La fórmula del “liberalismo conservador”, acuñada por el incansable José María Samper, aparece como el producto típico de la influencia inglesa.

A pesar del recurso a una constante referencia retórica a la cultura política y a las libertades británicas, que dominará los años 1880 y 1890 en Colombia, Núñez, impulsado por un sentimiento de semejanza latina, sigue viendo en la política francesa un espejo y un modelo. La identidad de la evolución política de los dos países es un tema recurrente en sus escritos tardíos: “En Francia, nuestro modelo, ha ocurrido, *mutatis mutandis*, la misma historia. Los delirios de los republicanos enterraron la primera y la segunda República; y los cándidos impenitentes que se encargaron de dirigir el tercer ensayo, en 1871, la habrían conducido a una nueva fosa sin el cambio fundamental introducido en el viejo programa por Thiers y Gambetta”²⁸. Núñez revela, efectivamente, ser un ferviente defensor de la república oportunista francesa. En un artículo sobre la amenaza representada por el movimiento golpista del general Boulanger en 1889, Núñez escribe:

*Yo me congratularé con el triunfo de los republicanos, como si fuera un triunfo alcanzado para la causa del bien en nuestra propia patria; tanto así creo que importa al mundo la salvación de la República en Francia*²⁹.

Esa ambigüedad respecto de sus referencias políticas, por lo demás no exclusiva de Núñez, provocará, por parte de sus oponentes, una denuncia de los turbios orígenes de su ideología política. Miguel Samper, hermano de José María y candidato presidencial liberal en la elección de 1897, critica en un artículo titulado “Las reformas y el cesarismo”, publicado en el mismo año, el afrancesamiento ideológico y la inspiración napoleónica de Núñez, invirtiendo así el discurso europeísta de la Regeneración. Para Miguel Samper, de los varios factores que explican la inspiración “cesarista” del régimen de 1886, la estadía de Núñez en Europa es el más importante:

²⁸ Núñez, *op. cit.*, pág. 111.

²⁹ *Ibid.*, pág. 119.

Página siguiente:

Carlos Holguín, como designado en 1888 (*Inmemorian*, Alfredo Tomás Ortega, 1896).



Funerales de Núñez en Cartagena, 1894 (*Contra viento y marea*, Eduardo Lemaitre, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1990).

El primero de ellos fue el Jefe de la Regeneración, en cuya mente estaba todo el sistema que logró implantar, mezclando en él el autoritarismo y el cesarismo, con el socialismo de Estado. Fruto fue esto de largos años de residencia en Europa, en puesto lucrativo, que dejaba ocios suficientes para estudiar, tanto en Inglaterra como en Francia, los dos sistemas que allá luchan por el predominio: el cesarismo y el parlamentarismo. De esperarse era que este último fuera el preferido por el pensador y el patriota, bien preparado al efecto por anteriores estudios...³⁰.

Sin embargo, no sucedió así, explica Samper: entre todos los modelos políticos que tuvo la oportunidad de observar, el que más impacto tuvo en Núñez, y luego en la Colombia finisecular, fue el cesarismo de Napoleón III. Principal exponente del liberalismo clásico en Colombia, defensor de la tradición parlamentaria inglesa, Miguel Samper denuncia el régimen nuñista como un subproducto criollo del autoritarismo político francés. La larga denuncia del despotismo francés que había caracterizado un discurso liberal opuesto al segundo Imperio francés, proporciona efectivamente uno de los moldes en los que se cuajará la crítica liberal de la Regeneración.

Los comienzos del discurso de la autenticidad nacional

En la estela de la infinita oposición de referencias políticas a la que se entregan los adversarios políticos en la época de la Regeneración, Núñez introduce una considerable ampliación de la que venía siendo, desde varios decenios atrás, el discurso nacionalista liberal. En la retórica de Núñez, la referencia a los gobiernos anglosajones es perfectamente compatible con la aspiración al libre juego de la autenticidad política de Colombia: “En todas partes se procura por los hombres sensatos amoldar las instituciones a la voluntad general, a efecto de que los partidos políticos no luchen como en Inglaterra y los Estados Unidos sino por asuntos de administración pública”³¹.

El impacto en Núñez del positivismo comtiano —en particular, del concepto de las tres edades de la humanidad— tiene seguramente que ver con la reformulación de la antigua denuncia de la imitación política. Una vez planteada la modernidad radical como un anacronismo prematuramente importado por culpa del espíritu de imita-

³⁰ Miguel Samper, *Selección de escritos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1977, pág. 280.

³¹ Citado por Margarita Rosa Garrido de Payán, *La Regeneración y la cuestión nacional estatal en Colombia*, Bogotá, Banco de la República, Programa Centenario de la Constitución de 1886, 1983, pág. 72.



ción que supuestamente caracteriza a los radicales colombianos, todos los discursos sobre el calendario auténtico de la política colombiana son posibles: "Tampoco es dado a la mano del hombre acelerar el cronómetro providencial del destino de cada pueblo, como no le es posible anticipar el cambio de las estaciones" dice Núñez en su último mensaje al Congreso, en 1888³². Irónicamente, esta preocupación por el respeto, en la reforma política, de un supuesto destino nacional juega en sentido inverso tratándose de las medidas de la Regeneración: "[...] cada día me persuado más de que *anduvimos demasiado aprisa* cuando cambiamos de cucarda: el gorro frigio por el león", escribe Núñez a Caro unos años más tarde³³.

Apóstol positivista de una imitación "natural", que sea compatible con los rasgos de una *nacionalidad política* de Colombia, que evoca sin nunca definirla verdaderamente, Núñez, maestro en el arte de la referencia ecléctica, abre la vía a la ideología nacionalista de los gobiernos conservadores que deja en el poder.

CARLOS HOLGUÍN: DE LOS MODELOS EUROPEOS DE ORDEN PÚBLICO A LA IDEOLOGÍA DE LA AUTENTICIDAD NACIONAL

Encargado del poder ejecutivo por Núñez, cuando éste, en 1888, se retira definitivamente a Cartagena, Carlos Holguín inicia la fase "nacionalista" de los gobiernos de la Regeneración: el suyo (1888-1892) y el de su cuñado Miguel Antonio Caro (1892-1898), que desarrollarán básicamente el mismo tipo de retórica civilizadora.

Impugnador de las utopías importadas³⁴, exponente del sentimiento patriótico desarrollado por el viaje al exterior³⁵, defensor del parlamentarismo inglés frente a un republicanismo francés que le parece poco creíble, Holguín es, bajo muchos aspectos, el heredero del discurso europeísta de Samper y de Núñez. Sin embargo, al reemplazar los matices de la retórica positivista y ecléctica de Núñez por un discurso monóticamente conservador y católico, Holguín inaugura una nueva fase del nacionalismo colombiano: un discurso de estrecha autenticidad nacional compensado por un recurso masivo, sistemático y oficial a los modelos europeos de orden público.

La transformación del discurso civilizador: el orden, máxima expresión de la civilización

El primer aspecto de esa nueva definición nacional es la transformación de lo que se podría llamar el "discurso de la civilización". La existencia, en la Colombia del siglo XIX, de una justificación civilizadora que correspondía a cada propuesta política, a cada estrategia de acceso al poder, queda bastante clara, y ya hemos visto la densidad civilizadora de los discursos de Samper y Núñez. Holguín maneja, como todos los políticos de la época, el discurso de civilización "desde arriba", pero cambiándolo de signo. En su discurso, la marca de la civilización ya no reside en el ideal de la libertad, de la tolerancia y de la dulcificación de los castigos, promovido por los radicales. Inspirado por la retórica de Núñez, Holguín lleva la inversión del discurso de la civilización a un punto que Núñez, a pesar de todo lo liberal y positivista, nunca había alcanzado.

Inversión de la retórica liberal, el discurso de Holguín introduce también sustanciales cambios en la referencia a Europa planteada por la retórica de Núñez: en particular, al abandonar esa suerte de cosmopolitismo distante que Núñez había querido instaurar con relación a los ejemplos europeos. Esta distanciaci3n, esa voluntad de no apegarse a un modelo o a una corriente política europea en particular, permitía a Núñez observar sin compromiso y utilizar como le convenía la referencia a las na-

³² Rafael Núñez, *Mensaje del Presidente de Colombia al Congreso Constitucional instalado el 20 de julio de 1888*, pág. 11.

³³ *Epistolario de Rafael Núñez con Miguel Antonio Caro*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1977, pág. 11.

³⁴ "La educación viciada de utilitarismo, materialismo e impiedad que nos legó el régimen anterior es el gran cáncer de la patria, que nada habremos hecho mientras no lo hayamos extirpado, y que no hay otro medio de extirparlo que educar generaciones nuevas en el santo temor de Dios sobre principios sólidos de moral y religión". Carlos Holguín, *Mensaje del Presidente de la República al Congreso Nacional*, 1890.

³⁵ "[...] una de las cosas que no sabemos allá es como se desarrolla en nosotros por acá el amor por aquel pedazo de tierra infortunada que se llama la patria ausente; y mientras más pequeña y desgraciada la vemos, más nos interesamos por ella". Carlos Holguín, "Revista de Francia", en *El Repertorio Colombiano*, Bogotá, enero de 1881, págs. 86-87.

ciones europeas. Núñez, además, no se interesaba en crear una ideología nacionalista para el pueblo: su discurso civilizador, elitista por naturaleza, no parece haberse dirigido nunca más que a los pocos colombianos de entonces que lo podían entender. El cosmopolitismo elitista de Núñez tenía, a pesar de todo, más que ver con la lógica de las *capacidades* —que participen en el debate político los que son competentes, sin mayor preocupación por la representación política del pueblo *lato sensu*, una fórmula política encarnada por la monarquía constitucional de Luis Felipe en Francia³⁶— que con la de una imposición por el Estado de una ideología del orden social.

El discurso de Holguín inaugura, efectivamente, una nueva articulación entre ideología nacional y referencia a Europa que se diferencia mucho de la de Núñez. En vez de manejar con cierto relativismo los ejemplos europeos convenientes a la lógica del poder en Colombia, Holguín se declara prácticamente un admirador de las políticas de orden público de las naciones europeas, en particular de la de Francia. Las oposiciones políticas europeas entre partidos del “orden” y partidos del “movimiento”, muchas veces hábilmente zanjadas por Núñez, se vuelven a transportar

Pepa Mallarino, madre de Carlos Holguín

(*Al servicio de la República*, Álvaro Holguín y Caro, Editora Desarrollo, Bogotá, 1981).



³⁶ Véase Pierre Rosanvallon, *Le moment Guizot*, París, Gallimard, 1985, en particular la parte IV: “Le sacre des capacités”, págs. 107-142.

tales cuales a Colombia. Holguín, en un gesto que recuerda las polémicas entre liberales y conservadores de los años 1850 y 1860, define sin vacilar cuál es su Europa de referencia: la Europa del orden.

En esta perspectiva, Holguín justifica la mayor parte de las medidas de su gobierno, y más generalmente de la Regeneración, por una referencia sistemática al orden público en Europa.

La restricción de la libertad de la prensa es necesaria una vez que se sabe que “[...] ningún país civilizado se ha atrevido a sancionar la absoluta irresponsabilidad de la prensa”³⁷. En 1889, la expedición del decreto 286, que permite al ministro de Gobierno la interdicción de la venta y circulación de ciertos periódicos extranjeros, es defendida por el ministro José Domingo Ospina Camacho, en referencia a la política de restricción de la libertad de prensa en Francia³⁸. Presentando la prensa, desde 1826, como el arma privilegiada de las pasiones políticas y la causa número uno de los disturbios del orden público, Ospina afirma que inclusive los liberales franceses están en favor de la restricción de la libertad de imprenta:

Vicente Holguín, padre de Carlos Holguín
(*Al servicio de la República*, Álvaro Holguín y Caro, Editora Desarrollo, Bogotá, 1981).



³⁷ Carlos Holguín, *Memoria del Ministro de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1888*, pág. 20.

³⁸ “[...] por fortuna, ha prevalecido el buen sentido y la casi totalidad de los países civilizados mantiene la imprenta sometida a restricciones más o menos severas, aunque insuficientes para contenerla dentro de razonables límites”. J. D. Ospina C., *Informe presentado por el Ministro de Gobierno al Congreso de la República en 1890*, pág. 8.



Desde los 18 años Carlos Holguín inició su vida política
(Rafael Núñez y Carlos Holguín, de Marco Fidel Suárez, Imprenta Nacional, Bogotá, 1894).

El partido que había defendido hasta ahora la libertad ilimitada de imprenta, como baluarte obligado de la libertad civil, empieza ya a retroceder en ese camino y así vemos que el Gobierno francés, presidido hoy por los más notables corifeos de aquella escuela, ha presentado y sostenido en las Cámaras la tesis de que es medida indispensable para la conservación de la paz y la estabilidad de la República, la intervención gubernativa en los asuntos de imprenta³⁹.

El ejemplo de los “países adelantados” se esgrime para justificar la reducción de las becas de estudio pagadas por el gobierno⁴⁰, la voluntad de importar profesores extranjeros⁴¹, el deseo de una prensa de oposición responsable⁴², etc.: el propósito civilizador de Holguín, como el de Caro, podría resumirse como una voluntad de demostrar que el conservadurismo es la forma natural del mundo civilizado, y que Colombia tiene que tomar esta modalidad de la civilización moderna como modelo.

³⁹ *Ibíd.*, pág. 9.

⁴⁰ Carlos Holguín, *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*, 1892, pág. 11.

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² *Ibíd.*, pág. 33.



Holguín como embajador ante el gobierno inglés
(*Al servicio de la República*, Álvaro Holguín y Caro, Editora Desarrollo, Bogotá, 1981).

A partir de ese propósito básico, la mayoría de las orientaciones políticas se justifican por el deseo de imponer una política que corresponda al conservadurismo internacional. Holguín recurre a ese tipo de justificación para defender, en polémica con el liberal Santiago Pérez en 1893, el cambio de opiniones políticas de Núñez:

En los países civilizados, en donde la política no se explota como negocio, porque los servidores públicos lo son de la Nación, y su carrera no depende del capricho de los jefes vencedores, tienen lugar con frecuencia cambios como el del Dr. Núñez, que a nadie se le ocurre atribuir a motivos indignos ni calificar de traición⁴³.

⁴³ Carlos Holguín, *Cartas políticas*, Bogotá, Incunables, 1984, págs. 136-137.

Holguín menciona entonces a varios políticos europeos de primer rango que conocieron una evolución comparable: Disraeli, Thiers, Gambetta y Jules Ferry, todos los

cuales pasaron del radicalismo “exagerado” a la defensa del conservadurismo⁴⁴. En fin, exasperado por los ataques liberales a la Regeneración, se queja de tantas críticas, “[...] en vez de aplaudírseos por haber constituido un Gobierno sobre los eternos ideales de los partidos conservadores del mundo civilizado...”⁴⁵.

La postura civilizadora de Holguín no se limita a la retórica. Efectivamente, su administración representa también el apogeo de la importación institucional a partir de la fuente ejemplar que es Europa. Nunca antes se había visto en Colombia una empresa tan oficializada y sistemática de observación y de importación de las formas europeas —en buena medida francesas— de construcción del orden social. Durante su administración se importan numerosas congregaciones religiosas, la mayoría francesas e italianas; se envían funcionarios a estudiar en Francia⁴⁶ el sistema educativo primario y secundario⁴⁷, la contabilidad pública⁴⁸, la legislación militar, las técnicas militares (táctica general, estrategia y armamento de infantería, artillería)⁴⁹, serán observados por funcionarios del Estado colombiano en esos años. La más importante de esas misiones es, sin duda, la que desembocará en la importación de un comisario francés para organizar la policía nacional en Bogotá. Llegado a Bogotá en 1891, el comisario Gilibert organizará un nuevo cuerpo de policía, enfrentándose con dificultades de todo orden. Saber si Gilibert, en siete años de dirección de la nueva policía nacional, logró realizar el sueño de Holguín —quien había recomendado al Congreso en 1888, cuando todavía era ministro de Gobierno, el “importante ramo de Policía que en todos los países civilizados se considera como uno de los agentes más poderosos para el buen gobierno de los pueblos”⁵⁰— es una pregunta de delicada respuesta que se sale del marco de este estudio⁵¹.

El lugar ocupado por los modelos de orden público se debe a un fenómeno de doble vertiente que, observándose perfectamente en la producción discursiva de Holguín, es característico de los años 1890 en Colombia: la obsesión, interna, por la imposición del orden público y la mezcla de fascinación y temor frente a la amenaza social que parece socavar el fundamento de las sociedades europeas. Presente ya en los discursos de Samper y Núñez, el tema de la amenaza social invade por completo la representación de Europa elaborada por Holguín. La gran línea divisoria en la representación bipolar de Europa ya no es liberalismo *versus* antiguo régimen, ni impiedad frente a catolicismo, sino subversión *versus* orden. Este miedo de la traslación de la subversión europea a América, que se encuentra frecuentemente en los textos de Holguín, no tiene seguramente mejor expresión que esta consideración entregada al Congreso, en un momento en que Holguín se felicita, *a posteriori*, del fracaso de la inmigración europea. En efecto, no tiene sentido, dice “[...] poner en peligro nuestros derechos señoriales con grandes masas de inmigrantes”⁵².

De la felicidad nacional a la autenticidad nacional

La descripción del peligro social y político que amenaza a Europa sirve de base a Holguín para desarrollar un discurso de la felicidad nacional colombiana: lo expone por primera vez en un artículo que publica en 1881 en la revista conservadora *El Repertorio Colombiano*. En este artículo, escrito en París, Holguín plantea una pregunta clave respecto a Europa: “¿Son estos países más felices que nosotros?”⁵³. La respuesta a esta pregunta pasa por una evaluación de las calidades de las sociedades europeas —entre las cuales, un Estado más estable— y de las desventajas de la vida en Colombia —la pobreza en particular—, pero Holguín se detiene sobre todo en los peligros que revelan las incontrolables sociedades europeas: el materialismo, la emigración, los suicidios —más de 7.000 en Francia en 1880—, los riesgos de guerra en las fronteras y, sobre

⁴⁴ *Ibid.*, págs. 137-138.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 162.

⁴⁶ Un legajo de archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia conserva un interesante testimonio de esa fiebre de observación institucional organizada por el gobierno: las solicitudes de misiones de estudios y visitas oficiales, hechas por la Legación de Colombia a ese ministerio durante las administraciones Holguín y Caro (Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Paris, Affaires Diverses Politiques, legajo núm. 3).

⁴⁷ Carta de Gonzalo Mallarino al Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, 12 de junio de 1890, *ibid.*

⁴⁸ Nota del Ministro, 13 de febrero de 1895, *ibid.*

⁴⁹ Carta de Gonzalo Mallarino al Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, 5 de febrero de 1892, *ibid.*

⁵⁰ Carlos Holguín, *Memoria del Ministro de Gobierno de Colombia al Congreso Constitucional de 1888*, pág. 65.

⁵¹ Véase sobre este punto, Óscar Saldarriaga Vélez, “Bogotá, la Regeneración y la policía, 1880-1900”, en *Revista Universidad de Antioquia*, enero-marzo de 1988, págs. 37-55, y Frédéric Martínez, “Las desilusiones del orden público: los comienzos de la Policía Nacional en Colombia (1891-1898)”, en proceso de publicación en los *Conference Papers del Institute of Latin American Studies, University of London*.

⁵² C. Holguín, *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*, 1892, pág. 49.

⁵³ C. Holguín, “Revista de Europa”, en *El Repertorio Colombiano*, diciembre de 1881, pág. 428.

todo, los enemigos internos. Los atentados nihilistas en Rusia, la amenaza irlandesa y los movimientos agraristas en Inglaterra, y el “espectro rojo” en Francia hacen del trabajo de los gobernantes europeos “una labor sobrehumana”⁵⁴:

“Nosotros o el Terror y la Guillotina”, decían los Borbones; “La monarquía de Julio o el Rojismo” se decía en tiempo de Luis Felipe; “El Imperio o los descamisados”, se repetía en tiempo de Napoleón III; y “nosotros o la Comuna” gritan hoy los oportunistas. Siempre el espectro rojo, siempre la perspectiva de algo peor como único alivio para el mal presente. Triste destino el de Francia”⁵⁵.

La conclusión de Holguín no brinda sorpresa alguna. No solamente “[...] bajo muchos aspectos, son mejores las condiciones de nuestra existencia”⁵⁶, sino que desde el punto de vista del poder político —incontestablemente, el punto de vista privilegiado por Holguín— la tarea de los gobernantes en Colombia “[...] parece y es juego de niños”⁵⁷. Más que un discurso sobre la felicidad nacional, el discurso de Holguín parece ser un discurso sobre la felicidad de los dirigentes colombianos, por la facilidad de su oficio. En su último mensaje al Congreso como jefe del poder ejecutivo, en 1892, Holguín repetirá casi en términos semejantes esta retórica de la felicidad nacional:

[...] debemos aprender también a vivir con lo que tenemos, y a no vivir atormentados con el espejismo del extraordinario progreso material de otros países. Ni la riqueza es por sí sola elemento de felicidad para los pueblos, como no lo es tampoco para los individuos, ni a su consecución se pueden sacrificar otros bienes de orden superior. Colombia sería uno de los países más felices de la tierra, con sólo que nos diéramos cuenta de nuestra felicidad. [...] Veo un peligro serio en la impaciencia que se ha apoderado de algunos espíritus por que lleguemos de un salto a ser millonarios, a decuplicar nuestras rentas, a ver nuestro territorio cruzado por ferrocarriles, y a decuplicar también nuestra población trayendo los sobrantes de otras regiones. ¡Y todo esto para que seamos felices! ¡Para que no haya pobres! ¡Para que no haya desgraciados! ¡Como si la desgracia y el dolor no fueran en todas partes el lote de la humanidad, y le fuera dado al hombre suprimirlos en la tierra! Yo querría que muchos de nuestros conciudadanos fuesen a los grandes centros de la civilización, no a deslumbrarse con las exterioridades del lujo de unos pocos y la brillantez de las exposiciones, sino a penetrar algo en el fondo de aquellas sociedades, y nos dijeran si habían hallado la felicidad en el seno de aquellas multitudes encorvadas por el trabajo, hambreadas por las contribuciones, que sucumben por millares bajo la intemperie de los climas y desesperadas por emigrar. Yo las he visto de cerca durante años enteros, y puedo decir que somos muy felices, que no cambiaría nuestro atraso por la prosperidad de ninguno de los países que he visitado. Cuando uno conoce el mundo, no puede, sin sonreír, oír al espíritu de partido hablar de nuestras desgracias y enumerar entre ellas las enormes contribuciones que pagamos”⁵⁸.

En otros términos, el secreto de la felicidad para Colombia consiste en vivir en conformidad con su ser profundo, que Holguín define así: un país atrasado pero modesto en sus ambiciones, agrícola pero contento de su suerte, y sobre todo piadosamente resignado. El programa nacionalista de Holguín, impregnado de la idea de la autenticidad nacional, rechaza tanto la importación anacrónica de una peligrosa modernidad social y política —“En las sociedades, como en la

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 429.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 440.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 450.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 430.

⁵⁸ C. Holguín, *Mensaje del Presidente de la República a las Cámaras Legislativas*, 1892, págs. 48-49.



MAME, NENE, QUE YA YO MAME.
7 DE AGOSTO DE 1888—7 DE AGOSTO DE 1890.

Caricatura por Ruyff, grabada por Ruyff.

Alfredo Greñas, caricaturista, representa la cesión del poder de Núñez a Holguín (El Zancudo, Bogotá, 1890).

naturaleza, todas las precocidades extraordinarias son peligrosas, y todo lo anómalo es transitorio”⁵⁹— como el orgullo republicano, que seguramente asimila a una de esas precocidades extraordinarias, “[...] porque esto de pretender cuatro aprendices de aquí que son los gobiernos de Europa y América son unos infelices ignorantes retrógrados que deben venir a buscar en este rincón luz y experiencia, no merece ni risa”⁶⁰. Mientras Holguín se impone como el mayor importador decimonónico de normas europeas a Colombia, dibuja para la masa un camino más estrecho: aceptarse como un país agrícola, atrasado, modesto, resignado, religioso, y que vive en armonía con su ser profundo. La importación masiva de congregaciones religiosas europeas, la campaña del “Plebiscito Nacional” —la autoconsagración de los municipios y departamentos colombianos al Sagrado Corazón de Jesús, promovida por el Gobierno y la Iglesia en estos años⁶¹— corresponden al mismo proyecto político. Completada y profundizada por Caro la obra ideológica de Holguín, la doctrina de la autenticidad nacional creada en los años de la Regeneración dominará la definición cultural de Colombia hasta bien entrado el siglo XX.

Complementando el discurso de Núñez sobre la cohesión social, el discurso de Holguín se presenta, extrañamente, como la primera expresión de una ideología nacionalista dirigida hacia las masas. Forjada por las elites, esa ideología *para el pueblo* nace del proyecto de integración jerárquica de las masas en la pirámide social. En otros términos, obsesionado por la conservación de la estructura jerárquica de la sociedad, Holguín ratifica oficialmente una distinción que, aunque bien conocida, nunca se había expresado tan clara y públicamente como en

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 49.

⁶⁰ Carlos Holguín, *Cartas políticas*, pág. 165.

⁶¹ Véase Cecilia Henríquez, *Estudio iconológico del Sagrado Corazón. Su protagonismo en la historia de Colombia (1867-1960)*, Bogotá, Universidad Nacional 1992, págs. 65 y sigs.



Carlos Holguín

Hubo un hombre en esta tierra
De alma grande y gran talento,
Fogoso en el parlamento,
Serenos y firme en la guerra,
Cuyo nombre—que hoy encierra
Fiel la patria en su memoria—
Va elevándose en la Historia
De los buenos y los grandes,
Como el condor de los Andes
Buscando el sol de la gloria.

Era—festivo y jovial—
Si con las damas galante,
Con los hombres insinuante,
Con todos franco y cordial;
De carácter liberal,
Aunque gran conservador,
Patria, familia y honor
Eran para él en la vida
Su trinidad bendecida,
La trinidad de su amor.

Poema de Alfredo Tomás Ortega dedicado al señor Holguín en su libro *Inmemorian* en 1896.

su retórica: para las elites, el cosmopolitismo como fuente de inspiración y autoridad política; para el pueblo, el sentimiento nacional como fuente de cohesión social y de felicidad. La retórica del gobierno de Holguín imprime una marca absolutamente esencial, por su profundidad y su duración, al surgimiento de una definición nacional en Colombia: la creación artificial de este sentimiento nacional, caracterizada por una supuesta autenticidad, y justificado por su

utilidad para mantener un orden social amenazado, aparece como un producto elaborado por las elites para consumo exclusivo del pueblo, como la última vertiente del proyecto regenerador.

CONCLUSIÓN

El estudio de la evolución de la retórica europeísta y nacionalista de esos tres paradigmáticos políticos que fueron José María Samper, Rafael Núñez y Carlos Holguín, entre los años 1860 y 1890, nos parece que aporta una luz nueva sobre el surgimiento de la ideología nacionalista en Colombia. Más que ninguna otra, estas tres inteligencias políticas supieron captar, formular y utilizar las representaciones dominantes en la sociedad de la época; supieron inclusive, en buena medida, crearlas. Contemporáneos, sus discursos dejan, sin embargo, aparecer estas inflexiones que conocen las ideologías en el tiempo breve de las coyunturas políticas. Los mismos elementos ideológicos, presentes en sus respectivos discursos en diferentes proporciones, y completados por rupturas y aceleraciones claramente visibles, dibujan el cauce recorrido por la naciente ideología nacional a través del cosmopolitismo intelectual de los círculos dirigentes de la época, antes de cuajarse, y por mucho tiempo, en el último decenio del siglo.

En muchos aspectos, el discurso dominante de José María Samper, en los años 1860, es un discurso de *mediación cultural*: una elite ilustrada, convencida de su legitimidad, se propone como explícita civilizadora de la sociedad, gracias a los modelos generados por la experiencia política de los países europeos. Encarnada en su versión liberal por Samper, esta doctrina tiene igualmente numerosos representantes en las filas conservadoras. El comienzo de la Regeneración, acompañado de un discurso de *cosmopolitismo patriótico*, propone un primer distanciamiento respecto de Europa. Ya no es la sencilla influencia de los modelos civilizadores que se invoca, sino el efecto de maduración, de desarrollo del patriotismo, de síntesis y de reflexión sobre los éxitos y los fracasos de la política europea que reivindica Núñez. El discurso de la *autenticidad nacional*, en ciernes en la retórica nuñista, cobrará toda su importancia en el discurso de Holguín. Volviendo a una referencia más inmediata a los modelos europeos útiles a su proyecto político —esencialmente los modelos de orden público—, Holguín compensa el cosmopolitismo de los gobernantes por un discurso oficial de autenticidad nacional, destinado a desempeñar en el pueblo un papel centrípeto de cohesión social.

Varios factores nos parece que explican esta evolución.

La diferenciación de las estrategias políticas, en primer lugar. Los gobiernos liberales habían fomentado, en cierta medida, la creación de un sentimiento nacional, basado en el orgullo republicano, el naciente culto a los héroes y la fe en el progreso material. Sin embargo, sus esfuerzos, bastante limitados, dejaban el campo abierto para una empresa mucho más sistemática y ambiciosa de “nacionalización” del pueblo. Los ideólogos de la Regeneración, en busca de signos de una clara ruptura política, iban a aprovechar esa oportunidad, pintando la era radical como un período de desafortunada imitación de lo extranjero, y la nueva era que inauguraban como una vuelta a la esencia nacional de Colombia.

La modificación del sufragio aparece como otro importante factor explicativo: la ideología de ilustración del pueblo planteada por Samper en los años 1860 responde no solamente al sufragio universal masculino instaurado por la Constitución de 1853, sino, sobre todo, a la toma de conciencia de los liberales de que este régimen electoral, dada la influencia del clero en las elecciones, podía muy bien serles desfavorable, como había ocurrido en 1856: por lo tanto, la *civilización* del pueblo era más

que nunca políticamente necesaria. Al contrario, la lógica de las capacidades que se advierte en Núñez y la difusión por Holguín de una ideología nacionalista para el pueblo, reflejos del sufragio restringido implantado a nivel nacional por la Regeneración, corresponden al objetivo de integración autoritaria de las masas, en cuanto sector de la población necesariamente dirigido.

Los progresos objetivamente realizados, entre los años 1860 y los años 1890, en la construcción de un Estado-nación, y el hecho de que los años fundadores se alejan en el tiempo, pueden también explicar que aparezca cada día más difícil referirse abiertamente a modelos foráneos. En eso, no hay *reducción* de la referencia a Europa —la tendencia importadora de los grupos dirigentes tiende, por el contrario, a aumentar—, pero sí hay una *sofisticación* cada vez mayor. La estrategia discursiva de la Regeneración, con el tema de la madurez adquirida en Europa, induce, efectivamente, a una posición mucho más compleja respecto a Europa que la retórica de los civilizadores de los años 1850 y 1860. El discurso de Holguín, explícitamente europeísta por un lado, es compensado por la difusión de una ideología nacionalista que lo contradice aparentemente.

Por fin, la evolución misma de las ideas nacionalistas europeas explica el camino recorrido en el proceso de creación de una ideología nacionalista. A los años 1850, marcados por las grandes ideas de renacimiento de las nacionalidades en Europa, correspondía una ola de nacionalismo de tinte liberal en el que la circulación cultural era reconocida como un factor favorable a la libertad y a la construcción de nuevas entidades políticas. La ideología del progreso era una ideología relativamente abierta, en la que la confianza en la virtud de las instituciones desempeñaba un papel determinante. No es asombroso que esta época aparezca en Colombia como el apogeo de la mediación cultural, tanto liberal como conservadora, como modo de constitución de la nación. Al final del siglo, el panorama de las ideas sobre la nación han cambiado mucho en Europa. El crecimiento de las tensiones nacionalistas, avivadas por la lucha por las constituciones de imperios coloniales en Asia y África, ha dado al pensamiento nacionalista europeo un carácter más cerrado, más exclusivo, más agresivo. El darwinismo, el racismo, los grandes mitos del carácter de los pueblos, que también entonces se difunden masivamente, conducen a los ideólogos nacionalistas a definiciones estrechas y exclusivas de sus respectivas naciones. La mediación cultural, tanto en Europa como en América, es sacrificada como ideología dominante para dejar lugar a una búsqueda insaciable de autenticidad nacional. La ideología nacionalista elaborada por Núñez y Holguín, indudablemente, es un producto de esa corriente.

Explícitamente, la cohesión social que buscan implantar los gobiernos de la Regeneración se define por el apego a lo nacional —una identidad nacional definida por las elites regeneradoras— y un rechazo de lo extranjero que amenaza destruirlo. En realidad, esa representación engendrada y esparcida, en un gran esfuerzo de difusión popular, por la Regeneración, sirve para defender lo que las supuestas y denunciadas doctrinas extranjeras amenazan destruir, es decir, más que una identidad nacional que todavía queda por construir: la estructura jerárquica de la sociedad colombiana.

Esta empresa de catequización nacional y nacionalista emprendida a finales de siglo por un Estado considerablemente ayudado por la Iglesia revela una incontestable modernidad: de cierta forma, la Regeneración constituye, después de los intentos fracasados del medio siglo, uno de los primeros dispositivos políticos que, en Colombia, se dirigió hacia las masas, y quiso incluirlas en la vida nacional, aunque haya sido de forma autoritaria, dirigista y paternalista. La Regeneración responde, entre otras cosas, a una especie de anticipación, por parte de las elites, de la entrada de las masas en la política. Temerosos de la explosión social que podría engendrar

una irrupción brutal del pueblo en la política nacional, los dirigentes regeneradores juzgan preferible integrar a las masas mediante un proyecto dirigido y controlado. La naturaleza del nacionalismo colombiano parece, entonces, determinada por su creación como una de las herramientas de esa empresa de integración autoritaria de las masas, decidida anticipadamente por las elites dirigentes, como el mejor antídoto a la revolución social.

Debelando la irrupción de las masas por varios decenios, el nacionalismo populista y autoritario que forjó y difundió la Regeneración para retardarla bien puede haber reforzado su esporádica violencia; pero más allá de la instrumentación política, las ambigüedades de las estrategias decimonónicas de legitimación, entre cosmopolitismo civilizador y nacionalismo autenticista, dan señas de haber marcado profundamente el discurso de la identidad en Colombia.